

Cuento del mes

“Perfumada noche”
por Haroldo Conti

Autores

(Ilustraciones de Fede Avila Corsini
y Alejandra Llanos)

M. M. Álvarez
Alejandra Llanos
Paula Aros
Alejandro Torres
Diego Rojas
Hugo Canal Bialy
Sergio Ortiz

Lecturas visuales

Maniquís y muñecas inflables

Autores invitados

Celeste Silvero | Jorge Giménez | Gabriel Vanney | Candela Teso
Maximiliano Bocco | Ricardo Lejarza | Silvina Ambrosini





**VENTAS | ALQUILERES | TASACIONES
ADMINISTRACIÓN INMOBILIARIA
PROYECTOS**

**¿Necesitás asesoramiento inmobiliario? ¿Querés vender?
Comunicate con nosotros**



Monteagudo 47 - Marcos Paz

Matrícula (DJM) 3817

Rocamadour Ediciones

Dr Marcos Paz 2578 - Marcos Paz, Pcia de Buenos Aires, Año 2019

ISSN 2618-5172

Esta revista se terminó de imprimir en Abril de 2019, en gráfica Entre Tintas,
San Martín 77 - Marcos Paz, Pcia de Buenos Aires

Diseño y edición: Alejandro Torres

Corrección de textos: Sergio Ortiz

Ventas: Alejandro Torres y Matias Álvarez

Imágenes:

Foto de portada: Anónimo

Foto y reseña “El amor estancado”: web Gobierno de la Ciudad

Ilustración contratapa: “El Amazonas” realizada por Alejandra Llanos

Ilustraciones de los textos de esta edición: Fede Avila Corsini

(Instagram: Dibujando al margen)

“Los libros van siendo el único lugar de la casa donde todavía se puede estar tranquilo”

CONTENIDO

Del lado de allá

La tontería de pensar que se ha ganado	por Sergio Ortiz	5
(Capítulos I, II y III)		
Escritos sueltos	por Gabriel Vanney	9
Sueño inconsecuente	por Celeste Silvero	10
Jingle Bells	por Paula Aros	11
El amor estancado	por Maximiliano Bocco	13
Se llamó Deir Yassir	por Alejandro Torres	15

Cuento del mes

Perfumada noche	por Haroldo Conti	19
-----------------------	-------------------	----

Del lado de acá

Tardamos, pero nos volvimos a encontrar	por M.M. Álvarez	25
La primera vez	por Diego Rojas	29
El indómito	por Alejandra Llanos	32
Autonomía	por Ricardo Lejarza	34
La casa	por María Silvina Ambrosini	34
Mirarte	por Candela Teso	34
Intenso fulgor	por Hugo Canal Bialy	36
La criatura del espejo	por Jorge Giménez	37

Lecturas visuales

Maniquís y muñecas inflables	por Pablo Ortiz	39
------------------------------------	-----------------	----

Todos los textos e imágenes publicados en este número son propiedad de sus respectivos autores. Queda, por tanto, prohibida la reproducción total o parcial de los contenidos de esta publicación en cualquier medio sin el consentimiento expreso de los mismos. Por otro lado, esta publicación no se responsabiliza de las opiniones o comentarios expresados por los autores en sus obras.

A manera de prólogo

Algunos creen que el origen de las cosas se da en el momento de su creación. Parece lógico pensar lo, y hasta es convenientemente útil. Pero está aquello que precede a lo concreto, que precede aun a su representación mental: la necesidad. Nace la urgencia de oír, de hacer, de hablar, e inmediatamente lo imaginamos, y de ahí se crearán los puentes, uno tras otro, todos ellos impulsados por la necesidad y materializados por la acción. Entonces, en un bar cualquiera, un grupo de amigos dice: "Bien, hagamos una revista literaria", y ahí se pone en marcha un proyecto que se viene gestando desde hace mucho en el inconsciente de cada escritor. Quizás ignorando, en un principio, que en un momento determinado (marzo de 2019) formarían parte de un grupo particular, pero sabiendo desde siempre que su manera de ver el mundo, tarde o temprano, saldría a la luz.

Escaparle al conservadurismo pueblerino quizás fue la madre de nuestras necesidades, y al mismo tiempo, nuestro punto de encuentro. Luego descubrimos que no éramos los únicos, que había, allá, en la periferia, un grupo de solitarios, restringiendo sus talentos por temor a la crítica boba. De modo que, en un terreno literario, siempre supimos que "andábamos sin buscarnos, pero sabiendo que andábamos para encontrarnos."

Rocamadour presenta su segunda revista, y nada tiene que ver el azar ni el destino en aquello que la necesidad ha sabido moldear desde el inicio. De manera que verán a continuación una revista totalmente independiente con la humilde intención de promover el arte en tiempos oscuros.



ATENCIÓN, ¡CONVOCATORIA!

Gracias a nuestros anunciantes, y al valor que le den los lectores, esta revista podrá ver la luz cada mes; pero no menos importante son nuestros escritores, los que hacen posible que nuevos mundos vean la posibilidad de existir más allá de la imaginación de cada uno. Por eso, queremos invitar a todos aquellos que se animen a publicar, de manera gratuita, en esta hermosa revista. No hay un requisito de edad ni experiencia, solo ganas. Si todavía no te convenciste, podés participar a través del seudónimo que elijas. Manda-nos un cuento, poesía u otra prosa breve de no más de 900 palabras. Si te animás podés escribirnos para más información a la casilla de mail al final de este anuncio y verte en las siguientes publicaciones a través de tus propias palabras. El archivo a publicar deberá ser enviado en Word (o cualquier otro procesador de texto), y previamente editado, ilisto a ser publicado! ¿Te animás?

Mail: AlejandroTorres_lp@hotmail.com

La tontería de pensar que se ha ganado

Por Sergio Ortiz

Ilustrado por Fede Avila Corsini

Capítulo I

La tontería de pensar que se ha ganado, que se ha colonizado el cuerpo desnudo solo porque una mano se desliza suavemente; el hombro primero y luego la cintura, finísima y lechosa. Hasta que la delicada curva del muslo se interpone en el camino de la mano no tan delicada que pasa por ese terreno que no es el de siempre, el moreno y dulce y de sudor frío, tan conocido ya. La mano sigue el curso predeterminado y el cuerpo dormido se deja llevar por la cadencia de los dedos. Todo es suavidad y calma. Eso también es nuevo, no lo había sentido antes, ¡oh deliciosa certidumbre de lo prohibido! La luz de la calle se filtra por la delgada división de las cortinas y una luz amarilla separa el cuerpo de la amada. Ella se recuesta sobre su parte izquierda; ignora, quizás, que una mano tibia recorre en este momento sus muslos y se acomoda para durar, busca un hueco que antes fue todo sudor y zona erógena.

Las palabras juegan a estas horas, se arriman y se alejan. Hasta que en un momento determinado se articulan para formar el verso de un escritor memorable:

¡Oh irrestañable primavera, promesa de lo que ya fue!

Cuánta razón tenía, si besarte implicaba ser testigo de la extinción de un momento. Quizá lo penoso no sea construir un álbum con todos esos pasados que se suceden, lo terriblemente cruel es escribir, comer, dormir, estar con vos, consciente, completamente consciente del pasado que me acecha. Esto lo escribo pero jamás te lo diría; tu respuesta sería reírte tontamente y besarme la frente. Sin embargo hay una manera de reír y besar que representa el genuino entendimiento.

—*A veces pienso que mutás literariamente.*

—*Ah, ¿y cómo es eso?*

—*Con algunos de tus amigos hablan sobre literatura y son tan parecidos al grupo de amigos que propone Cortázar en casi todas sus tramas.*

—*El Club de la Serpiente.*

—*Sí, ese. Bueno, como te decía, así sos con un determinado grupo de amigos.*

—*Lógico.*

—*Después pasás a ser un personaje de Roberto Arlt, un tipo de Silvio Astier.*

—*Mmm, no lo había pensado de esa manera. ¿Y por qué Silvio?*

—*El rozarte con gente con la que no te sentís cómodo y aun así hablarles y hasta entablar amistad.*

—*Qué diagnóstico, me recordás a una profesora del terciario; me declaró esquizofrénico porque a mi compañero lo tapaba una pared, la vieja pensó que hablaba solo.*

—*Esperá que se viene lo mejor; por último te transformás en un personaje de Di Benedetto, el de El silenciero.*

—*Me gustaría parecerme un poco a ese muchacho, el único consciente en un mundo de locos.*



Capítulo II

El pasto no crece de manera regular en esta parte del parque, y como una multiplicidad de paisajes en un mismo espacio físico uno puede estar y sentarse. La espera se hace dulce cuando el viento corre apenas y solo queda en la piel una sensación de frescura. Y resulta tan fácil enamorarse... de las cosas, del cemento, de los bancos que invaden y se quedan en esa inmensidad de verde que siempre permite al extranjero. Uno se puede enamorar... del sendero, de la gente que corre e

ignora. Todo esto lo observo desde el bar. Con un movimiento veinte años practicado el dueño prende un televisor casi tan viejo como él. Me pregunta si a esta altura esa acción es consciente, si al viejo le interesa que el papa esté por visitar Chile o que la inflación aumente día a día. Sorbiendo el café escuchó -casi deseando que algo destruya ese aparato infernal- la voz del periodista; una lista interminable de sucesos, todos repetidos y transformados, las cinco muertes que informa el canal 7 mutan a seis en el canal 8. A la gente no parece importarle, es tan común que eso pase, el noticiero suele equivocar-

se. Todo da igual acá en Argentina, una noticia sobre el índice de pobreza actual es menos importante que el último romance de Luciana Salazar. Es muy fácil y beneficioso ser idiota en mi país.

Salgo del bar un poco confundido. Esta vez el andar es diferente, todo me inspira, hasta lo irracional, hasta lo absurdo. Son las diez de la mañana y no es necesario leer mentes, la gente que camina a estas horas solo piensa en trámites y en el almuerzo. Yo sigo mi camino, inspirado por tanta nada, que es ese servicio que se vence o un kilo de tomates. Nada a mi alrededor y tanta gente, solo inmovilidad en tanto movimiento. Lucía tiene razón, en este momento me siento Astier, y no puedo evitar un mínimo sentimiento de culpa, como Judas Iscariote, traicioné a esta gente, yo debería participar en esta coreografía sin sentido. Pero ser consciente me hace odiarlos, detestarlos; ellos, tan seguros en su gregarismo, no hacen más que comer y mirar la telenovela de moda. ¿Qué estaré haciendo Lucía? No podría verla ahora, me hablaría sobre la pelea que tuvo

con su compañera de trabajo, y que ha tenido que trabajar una hora más. No podría soportar eso, o al menos no podría escucharlo. Decir siempre sí, ella al opresor y yo a ella. Mi cara se transformaría si la escuchara; desde luego no entendería qué asociación hice, ni el porqué de mi enojo. El opresor -su jefe- llegará a su casa y prenderá el televisor, quizás sintonice el programa de Marcelo Tinelli, quizás se maraville ante la combinación de “belleza e inteligencia” de Iván de Pineda. Lo más probable es que se siente y pierda horas husmeando la vida de otros en Facebook. ¿Cómo se llega a este punto? Un hombre tararea una canción de Maluma. Lo hace sin pensar, porque en un momento determinado, en su estupidez infinita, repite: *Diferentes nacionalidades pero cuando chingan gritan todas por iguales*. ¿Y acaso valdría la pena lamentarse por este retroceso cultural? Claro que no, esto es secundario y lamentablemente entendible, la decadencia del pensamiento es el símbolo de nuestra actualidad.

BORDADOS

Bonhomía



/Bordados Bonhomía



/bordadosbonhomia

TALLER DE BORDADO

Horarios: miércoles de 9:30 a 11:30 / 14:00 a 16:00 / 18:00 a 20:00

Duración: 1 mes

Traes: Bastidor y aguja para bordar

Te doy: Tela y lana

Consultas: 01136859816

**Todos los
medios
de pago**



Capítulo III

Si Lucía sabe sobre el pensamiento que me acecha no me entiende, porque de momento me pide que la acompañe a una reunión con sus ex compañeros del secundario, o que le aconseje sobre la discusión que ha tenido con su hermana mayor. Lo cierto es que si el mundo me resulta un gran hueco existencial, ella a veces lo hace más profundo al traer esas banalidades a mi refugio.

Recuerdo la noche en que cenamos en casa de su amiga. Ahora no podría asegurar si esa mujer tenía una familia o súbditos, porque al ingresar a la casa de aspecto arábigo, un niño de tan solo diez años nos recibió con la recitación de un fragmento del Corán. Al finalizar, miró a su madre, que respondió con un seco movimiento, y se dirigió a su asiento. En la mesa ya estaba su marido y su hija. No sé cuál sería su intención, pero a mí no me impresionó, es más, me disgustó que se exponga de esa manera a un pobre niño. A partir de ese momento comprendí que comenzaba para mí una tortura.

De tantas profesiones que había estudiado, solo recuerdo una: danza árabe. La recuerdo porque cuando lo dijo no pude evitar imaginar ese cuerpo carente de forma moviéndose con cierta sensualidad; una mezcla de repugnancia y risa me invadió, aunque pude controlarlo. Mientras cortaba delicadamente un cacho de milanesa, pensé: “el mundo está lleno de esta gente, eso es un hecho, pero qué macabra intención tendrá el destino de situarme a mí en sus mesas, comer con ellos, escucharlos”.

A las once de la noche la situación se había tornado imposible. Un silencio verdaderamente incómodo se instaló en cada hueco de la cocina y era mejor así. El marido reaccionó a la mirada punzante de Karina y dijo: “Macri está combatiendo el fraude Kirchnerista, ¿no les parece?”. Sentí un poco de respeto por el hombre, para hacer semejante declaración en frente de otras personas se debía estar muy seguro. Desde luego que su seguridad estaba meticulosamente planeada por los medios masivos de

comunicación, pero en fin, el hombre estaba convencido. Su mujer asintió y dijo: “Los K ya no saben dónde esconderse”, y sonrió. En ese momento las tres miradas me acecharon. Tuve que contestar: “Es un tema muy complicado”. Sonréi al pensar que la anfitriona sacaría sus propias conclusiones, y en mi currículum, realizado mentalmente por ella, estaría escrito *militante K*.

Lucía tenía eso, podía ser realmente profunda por momentos y entender que el amor es una cosa de dos. Pero la ruptura ocurría tarde o temprano cuando me pedía que la acompañe a cenar a las casas de las Karinas del mundo. Toda pareja tiene un punto débil, el nuestro - más bien el mío- era la participación de otras personas.

Todo eso ocurrió en el pasado, cuando se podría decir que era un poco blando y me permitía doblegar y escuchar las declaraciones directas de un pueblo bobo. Ahora escapo, me dejo envolver por los largos silencios, donde el pensamiento es blanco y limpio y no hay inflación ni Jelinek, no hay papa ni Legrand.

Ahora vuelvo a la calle y los recuerdos se limitan al ayer. Una chica que no era Lucía decía cosas y reímos y me besaba en el cuello, pero ella no era Lucía. Fue real solo ayer, hoy es ficción. Me gustaba pasar el tiempo con ella porque valía por lo que no era; representaba, y lo sabía, lo nuevo y fresco. Ahora camino por la calle y ella es ficción. Al ingresar a mi casa se escucha que alguien prepara el mate.

—*Lucía llamó*

—*¿Qué quería?*

—*Estaba preocupada porque ayer te llamó varias veces y no contestaste.*

—*Está bien.*

—*¿Está todo bien entre ustedes?*

—*Está como se puede estar con vos, con ella o con cualquiera.*

—*Pero ella no es cualquiera, se supone que es tu novia.*

—*Y por eso debo actuar de una manera específica?*—Mis ojos ya transmitían cierta impaciencia—. Te aseguro que si hay un

instructivo sobre el noviazgo, no lo compré.
—*No hay necesidad de ponerse así. Tomá un mate
y contame.*
—*El mate está frío.*

Salgo rápidamente de allí; necesito soledad. □

La tontería de pensar que se ha ganado intenta ser una novela corta o un cuento largo. Hoy se dan a conocer los primeros tres capítulos, el próximo mes, el IV, V y VI.

Si bien el lector tendrá que esperar algunos meses para apropiarse de la trama, en estas primeras páginas ya se puede conocer el ambiente en que se mueven los personajes, que, muy alejado de ser un espacio físico, es donde se transportan con cierta cadencia, cada uno víctima de sus propias cavilaciones.

Escritos sueltos

Por Gabriel Vanney

En el pabellón de la escaramuza te
voy a ofrecer mi ala nocturna, mi voz
angelical.

Verás mi lado cabalístico que
acompaña al puñado de verdades
que he colecciónado en mi
trayectoria.

Los jinetes ya cabalgaron. Se llevaron
el pasado, entonces enciende el
fuego de tu amor.



Vaquería Unisex

Independencia 117/123 - Marcos Paz - 477-0722

(Aceptamos todas las tarjetas de débito y crédito)

Lunes a sábados de 9 a 13 / 16.30 a 20.30

Sueño inconsiguiente

Por Celeste Silvero

Era una noche de otoño y un lugar en el que parecía no querer estar, el bullicio de lo banal y el no encontrarlo me hacían sentir que el tiempo se volvía cada vez más fastidioso. Entonces lo vi, sonréí, como suelo hacerlo siempre que pienso en la felicidad con la que me llena su existencia. Al contemplarnos, su mirada vacía recorrió mis adentros estrepitosamente; esa falta de interés inexplicable hizo que detuviera el reloj por un instante, como si retrasar el momento fuera una especie de salvación, como si cada segundo pudiera cambiar algún error en sus pasos.

Estando en cercanía comprendí que las palabras que salían de su boca no daban sentido alguno y volviendo en mí decidí tomar su mano para comprobar la más fría indiferencia, aquella con la que no esperaba compartir espacio nunca.

Estaba ahí pero no para mí, quería creer que no era cierto, puesto que para un corazón tan cargado de amor por años podría comenzar así su destrucción.

Buscaba entre tantos lazos una explicación, un simple indicio de que solo mi mente jugaba conmigo, pero no.

Su invitación a abandonar el lugar me hacía temer el principio de un final interminable.

Así fue, cada noche con una falsa sonrisa que creía aplacar el descontento, cada abrazo que no era por tanto que quisiera, cada amanecer sin lo cotidiano de su beso tan sentido me encerró en el limbo de su desamor y mí desesperanza.

Tras su hostil andar intento no perecer en ese camino, puesto que al no querer afirmar lo que era

agonizaba buscando señales inciertas que pudieran esperanzarme cada día, cada mañana de abril al despertar.

El silencio más aturdidor oscurecía las tardes de su llegada, mientras el sofá parecía abrigar mi soledad, ya no había cielo en su mirada, ya no había reflejo ninguno de nuestros días felices, ni sol, ni luna. Estaba ahí, pero no estaba, no quería estarlo.

Inconscientemente quise gritar pero las palabras en mi cabeza solo se quedaron encerradas en un sinfín de intentos fracasados. Cuando por fin extendió su mano hacia mí, cuando quise aferrarme a un poco de claridad sentí una fuerza que no me dejaba avanzar, separándonos por completo, tan cerca y a kilómetros de sentimientos.

Creí morir finalmente de angustia, el dolor se volvió devastador y mis ojos se entrecerraron. Fue cuando su voz, susurrante pero precipitada, en lejanía pero dispuesta a llegar a lo profundo, hizo que mis recuerdos suscitaran, como si esa pizca de preocupación me invadiera dándome lo que buscaba y de pronto estaba ahí, cubriéndome cálidamente en sus brazos, calmando mis ansias de querer sostener el tiempo entre mis manos, extasiando latidos, entrelazando mí pelo con sus manos, sonriendo impetuosa del modo en que me enamoró, borrando el espacio entre nuestros labios con la intensidad de una pasión característica, levantando mí mirada que colmaba su mirada extrañada pero indicadora de haber sido siempre así, recordándome armoniosamente que nunca existirá temor hecho sueño tan profundo capaz de hacerme sentir indiferente ante su amor, ante la unión de nuestras almas. □



Jingle bells

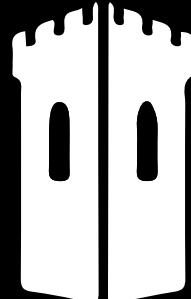
Por Paula Aros

Ilustrado por Fede Avila Corsini

Era enorme e imponente, aunque triste a la vez. De una de sus ramas colgaba casi sin esperanzas una única esfera roja, triste como todo lo demás. Sin brillo. Yo lo veía y me veía a mí. El moho ya casi alcanzaba mis huesudos y descalzos pies, mientras el *Jingle Bells* sonaba tenuemente de fondo. Pero todo eso ya no importaba, no importaba en absoluto, pues yo ya había dejado de existir. No mi cuerpo, claro, él aún seguía ahí, no sabía cómo escapar de ese lugar. Podía incluso sentir el olor putrefacto y nauseabundo de mis órganos internos descomponiéndose. Entonces cerré mis ojos queriendo evocar tiempos mejores, tiempos felices en los que no estuviera desintegrándome en una vieja y olvidada habitación. Apareció ante mí una imagen aún peor (quizás solo fue un sueño): estaba yo en un hermoso mariposario (uno de esos lugares donde los amantes de las mariposas las crían), donde miles de distintas especies cohabitaban juntas y

en armonía; revoloteaban todas a mi alrededor. Lo más parecido a un paraíso que he visto en mi vida. Estiré mi mano esperando que alguna se posara en ella y efectivamente una lo hizo; y luego otra, otra, y otra, hasta ya no logré ver nada y la desesperación se tornó incesante. Sus alas comenzaron a caerse hasta que solo quedaron larvas, que se metieron por mis ropas y finalmente en mi cuerpo. Podía sentir cómo se movían bajo mi piel, cómo entraban y salían como si yo fuera una manzana vieja y rancia. Y aquí estoy, mirando un reloj cuyas agujas no dan la sensación de girar, un 24 de diciembre, deseando un milagro de navidad. Uno que me levante de esta silla y me regrese a ese momento antes de que aquellas bestias diminutas se apoderarán de mi cuerpo y me volvieran este monstruo sin corazón incapaz de sentir. Mi diagnóstico dice síndrome de Cotard. Pero yo sé que eso no es cierto. No estoy loca. Solamente estoy muerta, y puedo sentirlo. □

Almacén Los Torres



Sarmiento 2494 (casi esquina
Velez Sarsfield) - Marcos Paz

Aceptamos todas las tarjetas de débito y crédito con



Todos los lunes 10%
de descuento para jubilados



El amor estancado

Por Maximiliano Bocco

Ahí te vi... estabas tan hermosa, sola como un trozo de nada. Creo que nadie te miraba solo yo lo hacía, aunque estabas tan lejos para que pudiera alcanzarte. Enamorarme de tu belleza no fue difícil pero es tortuosa tu indiferencia, no me miras, qué buscarás en las profundidades de la fuente que es tu dicha tan concéntrica. Tu mirada tan lejana, tan pensativa. Sé que estás a la espera de un amor, lo presiento o al menos así quiero sentirlo y esto es únicamente para tener a qué aferrarme y vivir una ilusión constante. Quiero seguir soñándote mía, siempre mía.

Tu blancura un poco interrumpida por el tiempo. Pero a quién no afectan los años. Tu esencia es la misma y la conservarás eternamente, aunque sea en mi alma. Sí, seguro allí estará el amor estancado.

Delicada en cada gesto, incluso cuando recoges tu pelo. La sensualidad recorre la punta de tus pies y llega más allá de tu cuello. Quisiera llegar a la cúspide de tu ser. Sentir una prisión en tus brazos. Quitame el aire de ser necesario, no te costará con el perfume de toda tu piel aflojar mis emociones. Verte es contemplar un jardín de rosas, de jazmines con el aroma confuso de la locura y la perdición. Perderme en tu pelo es mi deseo, como la entrega que ya vivimos en otras vidas los dos. Qué pintura clásica y vanguardia música hay en ti. No sé si preguntarlo o afirmarlo, el amor estancado.

Efecto de acuarela tendrán tus besos, labios que van con desdén desbordando colores como el esmeralda, el rojo carmecí, un borravino o violáceo para terminar en lo negro. ¿Por qué te aferras a esa tela, por qué no la sueltas? Qué quieras ocultar o cubrir si ya en tu pecho aparece extremamente lo visible de tu esencia. Tus senos de terciopelo a Cleopatra desesperan, ella desata su cólera y de su alma la envidia a la serpiente envenena. Como una sierpe se arrastra, retuerce y menea. Es muy temprano o tarde, la arena la quema. Incinera su alma destruyendo las penas.

Escultural figura tienes. Desmesura en los sentidos, pensamientos invadidos infortunio construido he huido has venido he querido has amado y hemos juntos apasionado amor mío a quien yo amo.

En el corazón quien te contempla, quien te adora quien te espera.

No respondes, no me miras, estás tan quieta ya sin vida. Vive pronto, mira mi rostro en un reflejo tenebroso. No amar es un delirio. Los sentimientos son el camino.

Para muchos estás muerta, para mí tan viva como la firmeza reluciente de tus piernas. ¿Cómo no amar y adorarte con tan delicada belleza?

Alcanzarte manifiesto que quiero pero duele la indiferencia. Mírame, te lo pido. No sé si llamarle mi Primavera. Necesito de tus ojos, tu mirada abrirá las puertas o me construirá un camino de ser necesario si así lo quisiera. No sé si te enamora lo que menciono con tanta nostalgia, nostalgia de no verte y sentirte. Tenerte únicamente en mis recuerdos como una imagen desgastada y vieja ya raída por la humedad y el tiempo. Envuelta de telarañas enmarañando, ocultando, sofocando y adornando los sentimientos de un amor estancado.

La pena invade la vida de quien enamorado te espera. Tal vez estés ocupada buscando tu alma gemela. Déjame llegar a ti, adorarte qué más quisiera. Basta, te lo ordeno, quitame tu indiferencia. La tristeza que me invade y me habita o yo habito en ella, solo quiebra soledades de esperar una respuesta.

Una mirada sería requerimiento de apertura a lo dispuesto. Las heridas me sanarían si levantaras la mirada, si dejaras la vergüenza olvidada en el reflejo del agua. Si me observaras un instante y hacia mis brazos vinieras, mas rígida ya te encuentras similar a una escultura.

¿Si me aproximara a contemplar la belleza? ¿Seguirías tan inmóvil? ¿Seguirías en espera? Mirando hacia esa fuente, qué miserable es la vida, qué agobiantes son tus silencios. Es el estanque el que te estanca. El amor nos daría vida o la vida nos daría el amor. Quiero amarte, debo amarte. Quizás eres un trozo de nada para otros, pero eres la sangre de mis venas, eres arte en las arterias. Venus misma está celosa, llena de rabia y de pena. Se enoja porque te doy a ti lo que piensa que le corresponde a ella. Que los dioses del

Olimpo me castiguen si desean, nadie me separará de ti, mi bella amada primavera.

Hasta la médula por siempre tuyo, con amor dolor y penas, mis pasiones las entrego ante tu sublime presencia. Tú sigues ahí, yo aquí. Y el amor estancado.

Melifluos son tus besos, tan cálidos tus labios y tanta frialdad tienen los míos que no quiero distanciarlos... Estoy aquí, te sigo esperando. □

Ondina de plata



Escultura de mármol del argentino Lucio Correa Morales, también conocida como La Primavera. Es una pieza de sello academicista que, aun cuando evoca a las ninfas del agua de la mitología escandinava, buscó ser un homenaje a la mujer americana. El yeso original de esta obra, realizada mientras el autor se formaba en Florencia gracias a una beca otorgada por Sarmiento, integra hoy el patrimonio del Museo de Bellas Artes de Mendoza. La primera versión en mármol de esta escultura es la que se encuentra emplazada en el centro de la fuente La Primavera en el Jardín Botánico Carlos Thays.

Lucio Correa Morales nació el 3 de julio de 1852 en una estancia de Navarro. Se lo considera como el fundador de la escultura en la Argentina. Estudió en la Real Academia de Bellas Artes de Florencia y regresó al país en 1882, cuando expuso sus primeras obras relevantes: Indio Pampa y El Río de la Plata. Hasta su desaparición siguió creando obras notables, inspiradas en temas nacionales, como Falucho, El Gaucho o La Cautiva.

Correa Morales viajaba por el interior del país observando a criollos y aborígenes, a quienes inmortalizó en sus más sensibles creaciones. Fue un notable docente en la Universidad de Buenos Aires, la Escuela Normal de Profesores y la Sociedad Estímulo de Bellas Artes donde formó a discípulos con brillo propio, como Rogelio Yrurtia, Pedro Zonza Briano y Miguel Ángel de Rosa.



Se llamó Deir Yassir

Por Alejandro Torres

Ilustrado por Fede Avila Corsini

“¿Quién ha dicho que la colonización de un territorio subdesarrollado debe hacerse con el consentimiento de sus habitantes? Si así fuera... un puñado de pieles rojas reinaría en el espacio ilimitado de América”.

Organización Sionista de Gran Bretaña, 1921

“¿Palestinos? No sé lo que es eso”
Golda Meir, ex Primer Ministro de Israel

Habían entrado sin pedir permiso. Nos encerraron en nuestras propias casas y caminaron por nuestros caminos. Nos condenaron por ser diferentes y por buscar una limpieza de su propia sangre. 1947 y 1948 han sido los peores años de nuestra historia; han colonizado un pueblo libre, han hecho de este hermoso país un baño de sangre sin pretextos. Nos comparan con los pieles rojas; no hay palabras que sanen ni curen nuestras heridas, esas que jamás van a cerrarse y que ellos se encargarán de mantener abiertas glorificando las masacres acaecidas dentro de nuestras tierras. Han izado la bandera con la estrella de David en su centro. Lograron su cometido. Maldecimos a Herzl, maldecimos a Balfour, y maldecimos a todo el Estado americano en su calidad de interventor y proveedor de muerte metálica. Hoy me encuentro aquí, caminando las calles sin pavimento de mi aldea, cinco kilómetros al oeste de la santa Jerusalén. Las casas son pequeñas, entre vecinos nos alentamos, buscamos darnos fuerzas esperando que respeten el pacto, que al menos nos dejen vivir de nuestro lado: un país dividido en dos, destruido desde sus entrañas. Han construido un país donde ya no había lugar, empujaron los hilos de las Naciones Unidas y alzaron la voz poniéndonos un trapo en la boca y atándonos las manos a nuestra espalda.

Es 7 de abril; hace calor, como todos los meses del año. La pequeña tienda de abastecimiento no abrió hoy, ni ayer; ni abrirá mañana. Ahmed dice tener miedo de que el Irgun o la Banda Stern golpeen su puerta y le pidan abandonar su hogar y su negocio junto a su familia, aquel que le costó más de treinta años construir; ese donde vio crecer a su hijo Adil y lo vio caminar por primera vez. Cada vez tenemos más hambre. No podemos acercarnos a las fronteras de la asediada ciudad santa por miedo a ser asesinados con la excusa de querer recuperar aquello que nos fue arrebatado. No somos violentos, no buscamos la guerra: solo queremos recuperar nuestra paz. Han llegado noticias de Qastall hace cuatro días. Nos mantienen incomunicados, pero sabemos que el Palmach la ha asaltado.

Caminando llegué al extremo de nuestra aldea y pude ver un camión con soldados dentro; algu-

nos hacían fuego sobre el costado de la carretera para cocinar sobre unas ollas plateadas y cargadas de comida. Reían y bailaban sin parar, se los veía felices como si no supiesen qué ocurría a un kilómetro de ahí. Bahir y Haidar me dijeron que vieron un grupo de cinco hombres merodear por la aldea. Nadie sale ya de su casa, no tenemos armas y nuestros hijos necesitan comida para poder seguir creciendo; están desnutriendo el futuro y nosotros estamos cultivando nuestro miedo en nuestra propia tierra y tememos tener que cosecharlo. Ya no reconozco la realidad, siento que es parte de una ficción; parte de un escritor que escribe historias de terror; un escritor frustrado creando un país imaginario donde el enemigo hostiga al indefenso; parte de una alegoría quizás. Es el hambre y el terror imaginando, no soy yo.

Hoy amanecimos con más apetito. Hemos de juntarnos en casa de Jamal que dice haber cosechado algunas legumbres de su patio trasero. Somos alrededor de cincuenta, y dejamos fuera al doble de los nuestros; la comida no es suficiente, alimentamos primero a los niños y las mujeres embarazadas, y lo que sobra lo repartimos entre los más viejos y nosotros. Kamal tiene una pistola que un conocido suyo trajo desde Kazajistán; parece de juguete, nunca había visto una en persona. Insistió en que durmiéramos todos juntos en su casa (que es, por cierto, grande) por si ocurre algo que amerite el uso del arma. Hoy vieron a dos grupos de tres soldados cerca de la aldea, cargaban rifles y granadas en su cintura. El miedo es insostenible; cada vez están más encima nuestro. Esta noche vigilaré la zona y me quedaré al pie del abismo con un palo en mis manos y algunas piedras en mis bolsillos.

No recuerdo cuándo comenzó, no era de noche; era de día. Me desperté con el sol en mi cara: me había quedado dormido. Los gritos provenían de unas casas más adelante. Era desgarrador. Comencé a escuchar ametralladoras. Todos, dentro del refugio que habíamos creado, estaban a salvo, aunque aterrizados, con las manos en sus cabezas y sus oídos. Jamal me miró preocupado; yo agradecí que mis hijos y mi esposa estuviesen allí, conmigo. Los gritos y los llantos se oían cada

vez más cerca, era insopportable. Atinamos a colocar mesas y sillas contra la entrada, pretendiendo que las balas no traspasen la madera. Los disparos se oían cerca; me acerqué a la puerta y miré por un hueco buscando imaginar todo eso, tratando de verme vencido por el miedo en mi cabeza. Logré ver uniformes y un color rojo: mucho rojo. Dos soldados pateaban la puerta de una casa y disparaban sin piedad ni diálogo a sus ocupantes. La sangre corría por el suelo sucio y caminaban por la tierra que se volvía oscura, más oscura que el negro. Los soldados reían, y repetían: pateaban, disparaban, salían y se abrazaban. Una verdadera masacre. No había escapatoria. Me acerqué a mi familia y les dije que todo estaría bien, que hablaríamos con ellos. Yo sabía que no era así, que nuestras vidas estaban al borde de desaparecer. ¿Qué habíamos hecho para merecer eso? Pronto se escucharon voces detrás de la puerta, habían llegado. Hablé desde adentro, con tono calmado. Mi corazón pedía parar, pedía frenar todo aquello que estaba-

mos viviendo. Las voces provenientes de la luz del día callaron, pero rápidamente fueron retomadas con más violencia. Poco a poco abrieron la puerta principal y dos uniformes se dejaron ver.

—Por favor, no nos maten. Nos iremos enseguida. Por favor, hay niños y mujeres embarazadas —logré soltar con voz trémula.

Vociferaron en su idioma, nos indicaron que saliéramos, y lo hicimos. Dos de los soldados hablaron con alguien de mayor rango, parecía un coronel. Solo logramos descifrar su nombre: "Meir Bail". El oficial nos indicó con la cabeza que caminemos en fila por la carretera, allí donde cientos de los nuestros caminaban cargando sus pertenencias en dirección a ningún lugar. Nos daban un boleto a la libertad, una libertad provisoria que serviría para salvarnos de manera momentánea. Solo había sangre sobre el suelo, y decenas de nosotros yacidos en la tierra, aquella



Rocamadour Libros
Librería online

Textos escolares | Idiomas | Manuales
Novelas | Fantasía | Novedades | Usados

15%
descuento
para docentes
y escuelas
todo el año

Pedidos por mail a: alejandrotorres_lp@hotmail.com

WhatsApp: 11-2350-9958

Facebook e Instagram: Rocamadour Libros

donde nacimos, donde crecimos. Los habían matado a todos, a algunos los remataban con una pistola; algunos soldados cargaban a los muertos y los arrojaban a una fosa que habían cavado; hacinados, bañados en sangre, muertos. Emprendimos así camino a ningún lugar; a tierra desconocida dentro de nuestra tierra ya conocida, buscando asilo en nuestro propio país, robado por la opulencia y rematado por los Estados nación dominantes del mundo occidental. Antes de partir, pedí permiso a un soldado para acercarme a la

fosa, me lo concedió. Sabía que no quería ver eso, sabía que sería desgarrante, pero aun así lo hice. La tierra bajo mis pies crujía con cada paso que daba, el sonido se hacía ensordecedor. De fondo, las ametralladoras seguían su vals y las risas retumbaban en las paredes de mi cabeza. Me acerqué lo suficiente para vislumbrar el terror y notar que, en esa fosa, atestada de cuerpos sin vida; allí, donde murieron las esperanzas, estaba yo, con un disparo en la cabeza. □

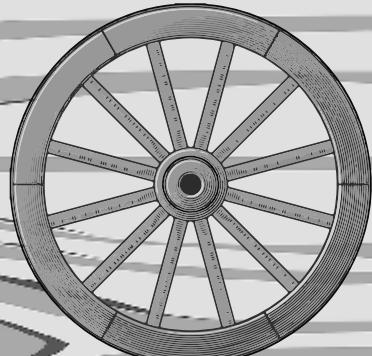
Alejandro Martín Torres (Pcia de Buenos Aires, 1991). Periodista y amante del frío. Publiqué algunos relatos en la Antología 2018 del taller literario Purapalabra.



**Velez Sarsfield 14 - M.Paz
(0220) 477-3429
02227-611076**



Carpintería El Vasco



Perfumada noche

Por Haroldo Conti



(*A mi tía Haydée, para que nunca se muera*)

La vida de un hombre es un miserable borrador, un puñadito de tristezas que cabe en unas cuantas líneas. Pero a veces, así como hay años enteros de una larga y espesa oscuridad, un minuto de la vida de un hombre es una luz deslumbrante. El señor Pelice tuvo ese minuto y esa luz. Pocos lo recuerdan en este pueblo. Algunos, los más concisos, piensan que murió realmente de vejedes. La muerte es según, como la vida. Es otra vida, justo, otra forma de consistir, no un *per saecula* definitivo, nada absoluto, ninguna cosa extravagante porque también es de ser, aunque en artículo mortis. De modo que el señor Pelice sigue siendo todavía. La muerte, ya que viene al caso, es suceso chiquito, desdibujo, entreluces. Este pue-

blo no fue así desde el comienzo, como uno imagina. En su momento fue pueblo niño. Antes no estaba el molino de Rodríguez ni la fábrica de fideos de Basile era como es ahora con un alto letrero encendido en la punta, sino de madera bien seca y engrasada, es decir, lista para encenderse en cualquier momento como finalmente sucedió bien solemne y entonces, después, sobre las cenizas vino esta otra, de fuerte cemento y letrero penachudo, ni estaba siquiera esta estatua de San Martín que cabalga sereno entre las copas de los árboles, ni el blanco palacio de la Municipalidad tan gobernante, ni aun la avenida Alsina de cemento lisa embanderada de letreros a los costados. Esto es, hay otro pueblo por debajo de este, y otro y otro más con tapialitos amarillos de sol y callecitas de tierra. Y por una de esas callecitas ahí viene el señor Pelice con sus botines de becerro, su traje de gabardina negra y su panamá copudo, a los pasitos, muy de cuerpo presente. Viene. Y ese fue el minuto y la luz del señor Pelice. Porque no va que ve por primera vez a la señorita Haydée Lombardi en la puerta de su casa, en la calle Saavedra, al lado de la confitería Renacimiento, que está en la esquina de Pueyrredón y Saavedra, aquella opulenta casa con un tejado a la Mansard con espiga, tragaluces, cresta, veleta, buharda y chimenea, que se ennegrecía al atardecer y boyaba como un barco en el alto cielo y ella allí, en la puerta, para siempre desde ahora, blanca y frágil y perfumada, figurín, Haydée Lombardi, para sueño y música. Al señor Pelice le hizo un ruido el corazón y la amó desde ese mismo momento. Jamás cruzaron palabra pero él desde entonces se quitaba puntualmente el panamá frente a aquella puerta a las seis de la tarde en invierno y a las ocho en verano, y ella inclinaba apenas la cabeza y casi sonreía. Para el señor Pelice fue el momento más brillante de su vida lo cual es bastante textual porque, como se sabe, el señor Pelice era el cohetero más reputado de la zona. ¿Quién no recuerda, eso sí, las cascadas, abanicos, glorias y soles fijos que hacía estallar para la fiesta de San Donato, por ejemplo, aparte de las consonantes bombas de estruendo que reventaba en procesiones y remates y que se oían hasta Irala o Cucha-Cucha, según soprase el viento, y era el propio mundo que saltaba en pedazos?

Aquel año del encuentro engendró para la fiesta de San Isidro Labrador, de este pueblo protector, sus famosas piezas pírricas de formidable combustión. Las piezas pírricas mediante fuegos fijos, esto es, que hacen su efecto sin dar vueltas, según se conocían hasta entonces, eran fáciles de prender mediante el simple recurso de mechas de comunicación. El maestro Pelice, en cambio, que era un verdadero artista creativo, prosiguiendo y mejorando los fogosos estudios del maestro Ruggieri, perfeccionó in extenso los fuegos pinicos alternando piezas fijas con piezas giratorias, lo cual es de suma perfección si se tiene en cuenta que el movimiento de rotación se opone per se a que se establezca la comunicación entre las piezas. El sutil rebusque se basaba en una fuerte broca colocada horizontalmente sobre un sólido poste de madera y que servía de eje a todas las piezas, de las más simples a las más complicadas, combinando en ajustada competencia de ingenio soles fijos, estrellas, glorias, patas de ganso, aspas de molino y las maravillosas espuelas de fuego de su exclusiva invención. Inspirado por la alada figura de la señorita Haydée, el señor Pelice llegó incluso a fabricar aquella atronadora pieza en espiral, compuesta de fuegos giratorios y de una hilera de lanzas que suben circularmente y forman, cuando la pieza gira, una espiral de fuego de enorme pasmo y majestuoso incendio, que disparó para la noche del 9 de Julio de 1935. Esa misma noche, en la casita que habitaba en las afueras del pueblo sobre el camino de tierra a las Aguas Corrientes, después de encender cuantas velas y lámparas tenía y distribuirlas por toda la casa y aun en el jardín, el señor Pelice se estableció frente a su escritorio de persiana y tras suspirar largamente mientras se rascaba la cabeza con una lapicera de pluma de pavo escribió con su hermosa letra bastarda de curvas rotundas y el sesgo conexivo de 30°, como se prescribe, la misma con la que copiaba las fórmulas del maestro Julio Rossignon, autor del *Nuevo Manual del Cohetero y Polvorista* editado por la librería de la Vda. de Ch. Bouret, su primera carta a la señorita Haydée, inspirada libremente en el *Corresponsal del Amor, Estilo Moderno de Cartas Emotivas y Pasionales*. Como, según las apariencias, sobrepasaba en varios años a la señorita le pareció atinente utili-

zar como modelo la carta de un viudo pidiendo relaciones a una soltera, aunque él, con propiedad, no fuese viudo de mujer sino más bien viudo de costumbre.

Releyó un par de veces la carta a la luz de la lámpara de aceite de tubo alto y luz espesa, que era su preferida y que cuando se adormecía lo despertaba con breves y susurrantes chisporroteos de la mecha, como si chamuyara. La plegó con cuidado, la besó ladeando sus bigotes de manubrio y la metió en un sobre perfumado. A esta carta nocturna siguieron otras muchas, puntualmente una por semana, pero el señor Pelice no llegó a despachar ninguna. Prefería llenar con ellas las bombas de estruendo, que ahora sonaban un poco más apagadas o huecas, aunque sólo él lo notase, y desparramarlas en mil pedacitos sobre los techos del pueblo. Algunos de esos pedacitos cayeron en el patio de canteros elevados de la casa de la señorita Haydée Lombardi, aunque lamentablemente el día de la carrera de las Doce a Bragado, cuando disparó una bomba para la largada, un papel chamuscado que decía "Mi adorada Haydée" cayó con tan mala leche que fue a dar en el patio de la señora Haydée Bonsignore y más precisamente casi a los pies del señor Bonsignore, que tenía la sangre caliente, y se armó una podrida de calendario.

El señor Pelice seguía transcurriendo exacto, puntual todas las tardes por frente a la casa de la calle Saavedra y allí estaba siempre la señorita de visu, cada día más blanca y leve, casi transparente.

La señorita Haydée Lombardi murió de tabardillo el 8 de mayo de 1946. El señor Pelice redactó esa noche la única carta que en todos esos años remitió por correo. "Mi estimada señorita: en momentos tan especiales deseo expresarle a usted mi invariable afecto y la seguridad de mi perdurable compañía en esa otra vida de tránsito que ha iniciado usted y que me impongo yo en este mismo momento. Su leal servidor P." El señor Pelice echó la carta al día siguiente y no volvió a salir de la casa por el resto de sus días. Solamente lo hacía cada 8 de mes, por la tardecita, para depositar un sobre perfumado en el nicho de

la señorita que luego se llevaba el viento o algún curioso o bien lo chamuscaba y descoloría el tiempo. Coincidio que para entonces los festejos de estruendo fueron cayendo en desuso y se convocabía a remate por edicto judicial. Al tiempo, los vecinos lo dieron por muerto o simplemente lo olvidaron. Ya estaba el asfalto, se habían construido varios molinos, el *Expreso Rojas* llegaba hasta Buenos Aires y sobre el pueblo de tapiales amarillos había surgido otro pueblo. La casa de la calle Saavedra se convirtió en un local de compra y venta de propiedades.

A todo esto el señor Pelice envejecía suavemente detrás del último tapial como un fuego que se apaga con lentitud. Al caer la noche encendía todas las velas y las lámparas y daba de comer a unos pececitos de colores que criaba en un acuario y que eran su única y silenciosa compañía. Tenía una colisa labiosa, dos ángeles que parecían dos pajaritos rígidos, un betta splendens, un labeo bicolor, un telescopio renegrido de ojos saltones que semejaba un gato, una ninfa, un cometa y dos besadores chatos y blancos que colgaban del agua como dos papelitos. La luz del atardecer penetraba por la puerta-ventana que daba al jardín y revestía el cuarto de una claridad dorada que encendía pálidamente la pecera. Los pececitos flotaban en el agua dorada como suaves pájaros de lento vuelo, desplazándose majestuosamente entre las ramitas de elodea o de helecho japonés. El señor Pelice inclinaba su cabeza encanecida sobre los vidrios y sus pensamientos se desplazaban tan lentos y suaves como aquellos pececitos ánimas. Detrás del tapial amarillo que con las sombras se cubría de caracoles, el señor Pelice se hinchaba y arrugaba un poco más cada año. Ahora podía salir y pasar entre los vecinos sin ser reconocido. El pueblo seguía progresivo, casi capital. Altas luces de mercurio alumbraban las calles avenidas, el asfalto había llegado hasta la calle Magallanes, en las afueras, había dos semáforos en el centro que saltaban bonitamente del verde al rojo y a la viceversa y de los que don Pelice no entendió muy bien su significancia, aunque imaginó que eran tramoyas de estación. La iglesia de San Isidro, tan alta, tan de lejos visible apuntando al cielo entre los árboles, sobre los buenos campos, había sido vaciada por den-

tro, ya no consistía en aquel brillante altar con columnas al pan de oro y la santa imagen, muy carnal en su contexto, de Santa María bendita, todo color y vestes y brillos y ojos de vidrio y el niño desnudo, barrigón, sino que ahora era una especie de agudo galpón blanqueado, con una mesada en alto. Quedan de los otros tiempos, y por allí la reconoció, los grandes ventanales con vidrios a franjas blancas y violáceas que según la disposición del sol azulaban a cierta hora el aire, las gentes, las imágenes de bulto, en cuya luz vio una mañana sobreandar, flotante, a la señorita Haydée con un tul que le velaba el rostro y de cuyos entrepaños florecían ambas manos como de cera. Nada de eso prevalecía ya. Él mismo no era el Pelice de entonces pues nadie se volvió a reconocerlo cuando avanzó por el medio de la nave con el panamá en la mano haciendo crujir los resecos botines de becerro. De regreso pasó por la calle Saavedra y hundida entre dos vidrieras que resplandecían descubrió trabajosamente la negra silueta de la casa con un afrentoso letrero sobre la puerta. Haciendo visera con la mano, sus ojos repasaron el imbatible tejado a la Mansard que se recortaba contra el resplandor de las luces de mercurio. Esa noche escribió una larga carta a la señorita Haydée dándole cuenta de los adelantos habidos y de las altas y frías luces que hubiesen quitado brillo aun a las cascadas de cuatro brazos, de once metros de alto, con veinte, dieciséis, doce y ocho cartuchos detonantes respectivamente, más otros cuatro en el extremo superior del palo que construyó para el sesquicentenario y que fue su más colosal de facto.

Ahora es noviembre. En la profunda noche perfumada al señor Pelice, ya decididamente viejo y por lo tanto insomne, le cuesta una barbaridad conciliar el sueño. Casi no duerme. Se aquietó sobre el catre y hacia el amanecer se adormece un poco. En esas largas horas divaga por el jardín con la lámpara de aceite en la mano o se echa en una mecedora e impulsada por el aire dulzón que despidió el ligustro humedecido por el rocío, su cabeza se vuela como un globo o una pajarita de papel que planea sobre el viejo pueblo con los tapialitos amarillos y las calles de tierra y tanta cosa que se desapareció u ocultó, no visible a prima facie, que eso es la muerte, olvido, oscu-

ridades, suma y suma, tiempo y tiempo, distancia inmóvil.

En la madrugada acercó la lámpara a la pecera y comprobó ya sin dolor que el pez telescopio, ese lento pajarito renegrido que lo observaba con sus grandes ojos saltones a través del cristal y con el que casi había llegado a entenderse, de un mundo a otro, pez-hombre, pez-pez, flotaba inerte en uno de los rincones. Al principio, cuando instaló la pecera, eran doce movedizos pececitos pero, iletrado en aguas, el exceso de comida o alteraciones en la temperatura o defectos en la aireación y filtración redujeron el lote rápidamente. La primera muerte fue una catástrofe. El señor Pelice extrajo el cuerpecito finado, una vez que comprobó en forma absoluta que no se movía ni aun empujándolo con un dedo, con la redecilla de tul y lo depositó sobre una hoja de hortensia en el medio del escritorio y lo veló algunas horas con la lámpara de aceite. Con una cuchara cavó un hoyo al pie de una magnolia

foscata y enterró allí al pececito. No se había aún recuperado de aquella sensible pérdida cuando murió un *macropodus opercularis* que comenzó boqueando en la superficie y luego se acurrucó en un rincón con el vientre hinchado. Lo sepultó al pie del ciruelo de jardín de aladas hojas marrones. Así fueron muriendo uno tras otro y el viejo enterrándolos al pie de esta planta, aquella. Al telescopio lo plantó junto a su arbolito más querido, un jazmín japonés de flores carnosas que reventaban justamente para fines de noviembre y se removían en la noche como avecitas blancas bombeando intensas ondas perfumadas que traspasaban la oscuridad hasta el catre o la mecedora del señor Pelice, que ya prácticamente no duerme. A ratos lee, a ratos escribe pero sobre todo piensa. Eso es la vejez seguramente, una desvelada memoria. Por lo general reconstruye el pueblo desde su infancia mezclando o, mejor dicho, combinando los tiempos, las personas. Desfilan contra un mismo tapial o por la penumbra amarilla del cuarto del padre Doglia,

Queso Mozzarella “EL YACARE”

Juan María Vargas

Marcando la diferencia

Vieytes esq. Maipú
(1727) Marcos Paz
Pcia. de Buenos Aires
Tel. (0220) 477 - 3504



QUESO MOZZARELLA
ARGENTINO

amarilla del cuarto el padre Doglia, previniéndolo en cocoliche sobre las tentaciones de este mundo mientras se pone y se quita el bonete francés, nervioso con la presencia del demonio a quien imagina una especie de comisario de la provincia con el uniforme colorado, el viejo Ponce, que habla solo, Bimbo Marsiletti que agita los brazos frente a una banda invisible, Oreste Provenzano que levanta una ristra de billetes de lotería o los tanos Minervino, Visiconti y Ciminelli que pasan tocando la gaita en fila india igual que en la procesión de la Virgen del Carmen.

Desde que se marchó la señorita Haydée ha tomado por costumbre colgar un farol de viento en medio del jardín. El viento lo agita y remueve las densas sombras que cambian pesadamente de lugar. Su luz anaranjada semeja la lechosa claridad de la pecera. Y en esa luz submarina ve brotar en la punta de una ramita al *macropodus opercularis* o al labeo bicolor o al *scatophagus argus* o a los *puntius arulius* que murieron a dúo. Se agitan como flores o pajaritos o caireles, casi transparentes, muy navegantes. Esta noche de noviembre florecerá sin duda el telescopio, pez pajarito de negros velos, en la cresta del jazmín japonés.

El 8 de diciembre, día de la Inmaculada, el señor Pelice escuchó desde el catre el volteo de las campanas que convocaban a la misa solemne de primera comunión con la lámpara de aceite todavía encendida a un lado, sobre la silla. Pensó en la virgen de cemento que erigieron las Hijas de María en el atrio de la iglesia y que viera la última vez con el rostro y las manos pintadas de color carne y en las hileras de chicos con brazaletes y túnicas que atravesaban la plaza y estarían ingresando en este mismo momento por la puerta puntiaguda a través de la cual se alcanzaba a ver el altar colmado de luces. Pero su hinchado cuerpo no obedeció al impulso. Tenía los brazos adormecidos y las piernas envaradas. Recién a la tardecita, arrastrándose por el piso, pudo dar de comer a los pececitos. Angelita Alori, que venía dos veces por semana a asesar la casa, lo encontró al día siguiente tumbado en el piso de ladrillos y lo acomodó en el catre para finales. Como por otro ítem padecía el mal de orina, Angelita le

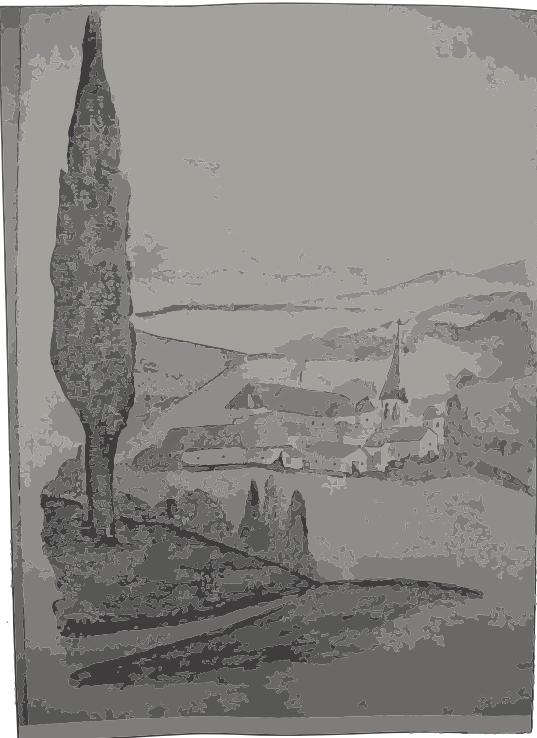
preparó un cocido a base de raíz de rábano con una mata de perejil y un puñado de hojas de berro, endulzado el conjunto con azúcar de cande. Se abreva una copa para extraer la orina y los humores que vienen de acompañamiento, aconsejándose un Pater para refuerzo. El señor Pelice mejoró de la orina pero total que era casi lo mismo pues no podía transportarse para expulsarla, debiendo ayudar al efecto la Angelita con la vista vuelta hacia otra parte. El 8 de enero, puntual, el señor Pelice emprendió su tránsito con el traje de gabardina, el sombrero panamá y los botines de becerro a la hora justa en que los pececitos se brotaban en las ramas. Según la Angelita, que depuso para constancia, hizo una buena muerte, al natural, y fue enterrado de oficio, sin luto ni comparsa, en la mera tierra.

Ahora bien, y a propósito del señor Pelice que pasó, pregunto: ¿cuál es, cuál el verdadero pueblo de la ciudad de Chacabuco, cuál rige? Este de ahora encumbrado en adelantos o aquel otro de los tapialcitos amarillos y las calles de tierra, cuando el camión de riego asentaba el polvo al atardecer y todo era más viejo y simple pero más dulce, y bastaba con estirar el cogote para ver al fondo de la calle las primeras quintas y que por la calle Saavedra en este momento se acerca gravemente el señor Pelice, se detiene frente a la casa de los Lombardi, ya medio en sombras, se quita el panamá y saluda a la señorita Haydée que dice por primera vez con su voz de pajarito:

—¿Habrá calor este año, no cree usted?
 —El sol está fuerte para noviembre —responde per oblicua el señor Pelice.
 —¡Hermoso atardecer!
 —Sopla algo de viento, por suerte.
 —¿Hacia dónde va usted tan incontinenti?
 —Al Prado —improvisa temerario el señor Pelice.
 —Muy buena idea. ¡Me gustaría mucho ir hasta ahí! —canturrea la señorita.

El señor Pelice le ofrece el brazo y la señorita Haydée con una risita se aparta de la puerta y enlaza el brazo del maestro cohetero. Las dos figuras se alejan entre tapias amarillas y penachos de sombras rumbo al Prado Español

mientras sobre el pueblo desciende la perfumada noche. □



*Ilustraciones de Haroldo Conti
para la revista Palestra.*

LIBRERÍA

"Ale"

Artística | Fibrofácil | Yeso
Artículos escolares | Fotocopias

Carlos Pellegrini 76, Marcos Paz (frente al Registro Civil) 0220-477 2242



Tardamos, pero nos volvimos a encontrar

Por M.M. Álvarez

Ilustrado por Fede Avila Corsini

Estaba seguro de haber corregido el relato una y mil veces. Sin embargo allí estaba el error.

Aunque no se trataba de una garrafal falta de ortografía, la naturaleza de la inexactitud era de cohesión y continuidad, ligada a los actos cometidos por el personaje principal de la obra. Y le daba la aguda impresión de que el que lo leyera más de dos veces encontraría la falla y lo tildaría irremediablemente de escritor amateur, o peor, de un escritor de mierda.

Arriba del mueble para computadora que usaba de escritorio, justo donde iría el monitor, yacía abierta una de las cinco cajas que había ido a buscar a la editorial el miércoles pasado. Desde el interior asomaba el primero de una pila de libros con la excelente portada que su mujer ilustró en la lejana época donde todavía no se animaba a publicar. Una, porque era demasiado costoso -ya que si en algún momento lo hacía lo iba a hacer a lo grande y no con una tirada pobre e insignificante- y otra, porque aún no se tenía la estima y la confianza suficiente como para largarse a la carrera.

Ahora estaba ahí, pensativo, girando sobre sí mismo en la silla con ruedas que había comprado junto con el escritorio, dándose golpecitos en el mentón con una lapicera descartable. No lo podía creer. Leía y releía y no lograba entender el haber pasado por alto semejante atrocidad. Era inconcebible por el hecho de que ya estaba todo finalizado y encima publicado. La editorial se había quedado con varios ejemplares para divulgarlos por su parte, situándolos en diversas librerías de la zona. Este lujo le había costado unos cuantos pesos más, pero reconocía el sacrificio como una gran inversión. Y una obviedad le asestó en la mente: *¿Por qué no supe solicitar los servicios de un corrector si tanto esperaba que el trabajo saliese bien? ¿Qué me habría costado, quinientos, seiscientos pesos más?*

Las demás cajas se hallaban apoyadas en la mesa de roble que tenía detrás. El sitio era lo que él denominaba su Estudio en Escarlata. Cuando visitaron el pueblo por primera vez, buscando un lote para comenzar a edificar, se toparon con que la casa en la que pasarián los mejores momentos de su vida, era una verdadera

ganga. Una fotografía en internet venía acompañada de la leyenda: "Antigua pero acogedora". Pero nunca se presentaron con la intención de comprarla, sino de acercarse y corroborar la causa por la que podría ser tan barata. Sin embargo no hallaron ni una alfombra roída, ninguna puerta chirriante, ningún azulejo partido. Todo estaba bien. Todo estaba sospechosamente bien. Y cuando su mujer descubrió el estudio, guiada por el agente inmobiliario, la embelesaron las paredes rojas y las cortinas del color del vino tinto.

Los años pasaron y ella quedó embarazada de gemelos. Al llegar el día del parto se presentaron severas complicaciones. Finalmente mortales, pero sus hijos sobrevivieron. La explicación que más tarde pudo darle uno de los médicos estuvo basada principalmente en la persistencia de su diabetes y en el tamaño que poseían ambos bebés. No hubo nada que hacer y por ella mantuvo el cuarto tal como estaba el día que obtuvieron la casa.

Arriba de la mesa de roble también reposaban dos sábanas blancas, retazos de tela, dos caretas de plástico transparente, tijeras y una engrapadora. La fiesta de disfraces del instituto estaba pronta a llevarse a cabo y sus hijos, Víctor y Franco, los dos de nueve años, anhelaban ir con atuendos de fantasmas, y era de esperar que el trabajo de confeccionar los trajes recayera sobre él, cosa que en el momento lo tomó desprevenido pero con agrado, sin saber que un mes después tendría que batallar con el fastidio de haber arruinado la coherencia de uno de sus mejores relatos.

Lo peor de todo era que los lectores perdieran el hilo, la suspensión de la incredulidad, como suele llamarse. Esa voluntad propia del sujeto por dejar de lado las inconsistencias en las que se ve empapado cuando lee y se deja llevar, adentrándose en ese mundo ajeno que tiene entre líneas y que se desenvuelve mediante las páginas van pasando. El concepto de verosimilitud que postula Aristóteles en su Poética, de que para convencer, es preferible una mentira creíble a una verdad increíble.

Pero la certeza absoluta era que el riesgo de desconexión era inminente. Iría a pasar tarde o temprano y él ya no podía hacer nada para impe-

dirlo. Leyera las veces que leyera sus ojos no harían desaparecer el error.

Observaba con detenimiento la portada, tal como había hecho antes cientos de veces. Hecha al óleo por su querida esposa, donde un cielo con fulgurantes estrellas romboides iluminaba una ciudad dormida.

Le daba mucha bronca haberse descuidado, que ahora el tropiezo fuese permanente y que hasta su difunta mujer se viese implicada en ello. Lo único que lograba quitarle un poco el malestar era que la antología constaba en sí de diecisiete relatos originales, y solo uno exhibía imperfecciones. La numeración de página donde iniciaba la reveladora historia era la 201 y el título, impreso como todos, con fuente Times New Roman, tamaño 18, rezaba: *Tardamos, pero nos volvimos a encontrar*.

Una zona de su cabeza -digámosle *hemisferio positivo*- le decía que nadie se daría cuenta, que era solo una aguja en un pajar de letras, pero otra, la que habitualmente tenía la razón -el *hemisferio negativo*- lo sentenciaba a una muerte lenta y dolorosa. Dándole a entender que su corta carrera como escritor empezaría la debacle sin antes haber ascendido un par de escalones.

Se golpeó la frente con la palma de la mano corrigiendo un descarado pensamiento. Le pasaba seguido, era algo que no controlaba, pero que jamás había manifestado en voz alta. Aquello nunca se lo perdonaría. Porque había instantes donde se imaginaba una vida sin sus hijos. Una vida donde todavía existía su esposa, y donde se cuidaba con mucha más responsabilidad. Y la presión que experimentaba por la futura opinión pública de su libro lo ayudaba a desembocar en tales razonamientos.

Solía pensar en ellos como en un par de galimatías.

La dificultad consistía en que no tenía de dónde sacar fuerzas para ponerse a elaborar los disfraces ya que la promesa había sido hecha con la condición de sorprenderlos con algo diferente y no con la típica sábana con agujeros.

Padecía un intenso miedo al fracaso pero sus hijos no tenían por qué pagar por su negligencia. No, tenía que ponerse manos a la obra y terminar lo que había asegurado. Inclusive

“A veces tenía el hábito repugnante de que al lastimarse emocionalmente se le daba por proyectar su dolor con cierta impunidad. Y esa tarde había tenido otro de sus episodios”

había deducido que la suspensión de incredulidad también podía aplicarse perfectamente al arte de usar un disfraz o una máscara, ya que dejamos de lado nuestro sentido crítico y nos entregamos de forma dócil a la ilusión de estar viviendo en la piel de alguien más aunque sea por un tiempo determinado.

Con paso lento y agobiado se encaminó a la sala de estar donde escudriñó con arrepentimiento la vieja máquina portátil de costura Singer, la cual lo esperaba con ganas de ser manipulada en un oscuro rincón.

En el patio los chicos jugaban al fútbol sin otra preocupación en mente que ver quién era más habilidoso con la pelota.

La tarde de septiembre ondeaba cálida y suave como el terciopelo. No obstante se iba notando una ligera garúa.

Los llamó adentro y ambos niños se plantaron automáticamente frente a la televisión sin siquiera limpiarse las zapatillas. Después de darle un beso a cada uno se dirigió al estudio con la máquina en brazos.

A veces tenía el hábito repugnante de que al lastimarse emocionalmente se le daba por proyectar su dolor con cierta impunidad. Y esa tarde había tenido otro de sus episodios, dirigiendo su calvario personal hacia ellos. Y mentiría si dijera que no le dolió. Le penetró la carne, porque en realidad no odiaba a nadie más que a él mismo.

Así que aguardó unos segundos y al encontrarse solo dentro del estudio percibió un calambre por todo el cuerpo y lloró como hacía mucho tiempo no lloraba. Haciendo un hueco con las manos hundió el rostro y sintió cómo el dolor rebalsaba.

Sobre la mesa descansaban los materiales. Debía mantener su palabra y los enfrentó con resignación.

Las cajas repletas con los ejemplares de su primera antología parecían mirarlo, acusadoras y convalecientes, como diciéndole: *Somos la prueba viviente de tu deformidad*, alzándose como gigantescas damas de cartón en la superficie de roble.

De tu deformidad. De tu deformidad.

Trató de despejar las voces poniendo algo de música, para disminuir así el hostigamiento del cuarto. Pero fue en vano. La neurosis retumbaba con tal agresividad que apaciguarla no era una misión de la cual esperara salir victoriosos.

Entonces tomó una de las sábanas, la

desplegó por el aire y dejó que le cayera encima de la cabeza, sosegadamente, cubriendole el cuerpo hasta la altura de las rodillas.

Se sentía bien estar oculto, a la par de existir.

Casi como un santo. □

Matias Manuel Álvarez (Merlo, Pcia de Buenos Aires, 1988). Bibliotecario y escritor. *Surcando la adolescencia dio a conocer sus primeros cuentos que más tarde lograría publicar en un puñado de revistas. Formó parte de las primeras antologías del taller literario "Algo que decir..." de la Biblioteca Popular Gral. San Martín y fue seleccionado en "Entrelazados" (2015) y "Derribando muros" (2017) de la Editorial Tahiel. Al día de hoy oficia de librero y reside en Marcos Paz con su pareja e hija.*

UNICO!

MOVIES - MUSIC - GAMES

Belgrano 2107

011-3920-0424



La primera vez

Por Diego Rojas

Ilustrado por Fede Avila Corsini

Se dibujaban siluetas como flores en el campo, muy firmes y fáciles de distinguir; la gente corría en busca de árboles y se abrazaban a la primera sombra que se iluminase en el caluroso cemento, que en cuentos cortos nos contaban a cada parada del colectivo; mujeres y sus hijos, hijos con sus madres, abuelas con bolsas más grandes que sus nietos y pequeños puestos adornando las veredas con la esperanza de volver a sus hogares. Con el sol en el centro del techo yo miraba a mi mujer, que a su vez distraída contemplaba el cielo por la ventanilla. A mi parecer, pocas veces había tenido la oportunidad de tenerla cerca sin querer abrazarla, simplemente la sugerión de amarla en su momento me alcanzaba. Cada quien consigo mismo, sin interponer la mirada para sesgar sonrisas, nos dispusimos a emprender viaje a casa de sus padres, mientras el sol en el techo y su cara mirando hacia la ventanilla nos convertían en rutina. Yo mirándola, recordando la primera vez que la vi y pensando cuándo va a ser la próxima vez que sea la primera vez que la vea, y sintiendo la necesidad de abrazarla. Pero ella no está ahí, sino, en la primera vez que nos vimos. Viste una camisa color beige sin mangas y un pantalón negro, yo no sé lo que tengo puesto, tan solo la veo a ella, como la primera vez. No estoy nervioso, me sorprende lo distraída que es, mientras mira por la ventanilla, y camino hacia ella, estoy seguro que es ella, me habla pero no entiendo qué dice, y mientras trato de comprender pienso en que nunca había visto sus labios, pero ya los había besado. Ella toma asiento y pedimos un café, era la primera vez que pedimos un café, sus hombros descubiertos no tenían fin, desde su cuello partían las veces que nos abrazamos y lloró en mi pecho, pero era la primera vez que la veía sonreír. Aun no había escuchado su voz, y me sinceré con la garganta llena de preguntas. La vestí de dudas y me convenció de que a veces me equivoco, era la primera vez que nos veíamos y yo la sigo admirando distraída por la ventanilla, por el cielo, por árboles mal plantados, las veredas llenas de nadie, la gente que sube y baja de los colectivos, los enojos de estación, las madres con sus hijos, los hijos con sus cuentos, las abuelas sin abuelos, los vendedores con sueños de otoño, los semáforos que nos atrasan, mi poca perspicacia al referirme a cuánto quiero estar en mi casa, los

autos amedrentados por el tránsito, el sol en el techo y la primera vez que la vi. Siento su mano en mi rodilla y vuelvo a sentir el viento en la cara que se cuela por la ventanilla al mismo tiempo que un hombre detiene nuestro andar, cruza dos palabras con el chofer y se dispone a subir, con su hijo dormido en brazos y con un discurso de hambre, tan violento que me pone a pensar. Su paz requiere de años de concentración y su ropa me sugiere que su mundo, su vida, su condición, y su triste discurso, son míos, son nuestros y de nadie a la vez. Nos reparte pequeñas tarjetitas con frases y yo atino a leerla, aún pensando en su hijo en sus brazos, en el calor de la calle, y recuerdo cuando yo tenía su edad y jugaba con mis hermanos entre árboles que no tenían fin y el pasto que raspaba mis rodillas. Resuena en mis oídos mi vieja diciéndome que me quiere y no me es posible sostener la mirada sin sentir vergüenza de mi posición. Saco unos billetes y guardo la tarjeta, me parece injusto, me parece indigno, me veo jugando con mis hermanos, siento los brazos de mi hermana abrazándome como queriendo dibujarme en ese instante, para siempre. Veo mi ropa manchada por tardes enteras fuera de mi casa, siento fortuna y vergüenza, también vuelvo a sentir la mano de mi mujer en mi rodilla, y lo veo bajar con un pequeño puñado de billetes en la mano. Ella me mira y me pregunta si estoy bien, le sonríe, le digo que sí, y me doy cuenta que es la primera vez que la veo en mucho tiempo. □

Diego Ariel Rojas, 30 años, del planeta tierra, orgulloso papá de Joaquín, Alma y Alexander. Músico de ocasión, escritor por consecuencia.

Bibliografía:

Amor impar – poemario – 2018

(Editorial Independiente)

Más allá del color – 2018

(Editorial Dunken)

LA CHURRERIA DE MARCOS PAZ

PASTELERÍA • BOLLERIA • CHOCOLATERÍA

Cafetería  Licuados
SERVICIO de Mate 

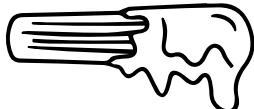


Otras
delicias



Donuts
Pan Dulces!

Churros!



Rellenos de Dulce de Leche | Crema Pastelera | Bañados en Chocolate

Churros de Chocolate | Porras madrileñas | Churros Valencianos

Churros Bombón | Churros Salados

Tostados - Berlinesas

Pastelitos

Waffles - Panqueques

Bernardo de Irigoyen 10 | Marcos Paz

HACE TU ENCARGUE

011 2635-3132





El indómito

Por Alejandra Llanos

Ilustrado por Fede Avila Corsini

Buenos Aires, 16 de mayo 1986.

Es una noche fría y húmeda en la ciudad. Camina por un callejón oscuro. Sus pasos retumban al pisar los charcos mugrientos. La desesperación lo invade y sabe que no puede detenerse. Alguien va a morir.

Se trata de una mujer, porque la ha escuchado llorar en la oscuridad. Puede sentirla, ella tiene miedo, tanto como una presa acechada por un depredador, que corre hacia lo desconocido solo para borrar sus huellas.

Saca un volante de su bolsillo. El mismo muestra el rostro de una joven. Dice que su nombre es Magdalena Ruiz y está desaparecida hace tres días.

Siente que su pecho se opriime con fuerza. Todo se vuelve más oscuro. Es así como sabe que ella está cerca.

Se dirige hacia una cabina telefónica y avisa a la policía que la mujer que buscan podría estar en un edificio abandonado. Les ruega que se apuren. Las sirenas empiezan a escucharse a lo lejos. Magdalena, que se encuentra oculta bajo una escalera del segundo piso, corre hacia la ventana, desesperada.

Él todavía no la ha encontrado, sintió que estaba a salvo de alguna manera. Descendió rápidamente a la planta baja donde ya se ven las luces del patrullero, filtrándose por las aberturas.

Unos ojos la observan desde la penumbra, junto a la puerta, cuando ella aparece corriendo con una sonrisa de alivio surcándole el rostro. Solo una fracción de segundos la separan de su libertad.

Ni siquiera siente su presencia cuando se para detrás suyo. Con un rápido movimiento inca los dientes en su garganta, dejándola inerte en un abrir y cerrar de ojos. Todo se había terminado sin que pudiera siquiera darse cuenta.

“Ni siquiera siente su presencia cuando se para detrás suyo. Con un rápido movimiento inca los dientes en su garganta, dejándola inerte en un abrir y cerrar de ojos.”

Cuando la policía la encuentra ella aún estaba tibia, como todas las demás víctimas. Siempre es la misma historia. Él los llama y aguarda que estén a punto de atraparlo para atacar frente a sus narices.

La furia e impotencia que provocaba ese sádico que no hacía más que burlarse de ellos, los volvía locos. Lo peor es que nunca dejaba rastro.

No es más que una sombra que se oculta a plena vista, otra de las criaturas de la noche, que deambulan sin ley por las venas de nuestra ciudad.

Alejandra Llanos (Flores, 1988). Es bibliotecaria, escritora y artista plástica. Actualmente reside en Marcos Paz con su pareja y su hija. Participó en las dos primeras antologías del taller literario “Algo que decir...” de la Biblioteca Popular Gral. San Martín.

Autonomía

Por Ricardo Lejarza

A veces filosofando
a cierta verdad arribo,
porque no es definitivo
ni el pensamiento más sabio
Tampoco es confiable el labio
que te quiere adoctrinar
y hacia algún culto guiar
que tu voluntad someta.
Porque nunca un libre acepta
sin antes analizar.

La mente es arma preciosa
de recursos infinitos,
superá hasta lo inaudito
su reacción maravillosa.
Creadora de las hermosas
virtudes que el hombre muestra.
Incomparable maestra,
pedestal de la intuición,
fuente de toda razón,
“única esperanza nuestra”.

Quien sabe pensar profundo
ningún símbolo lo inhibe.
Todo jerarca prescribe
desnudo de cara al mundo.
A los cerebros fecundos
jamás le impondrán un dios
ni someterá la voz
de aquellos “iluminados”
que dicen ser enviados
por designios del “Señor”.

Yo mismo juzgo mi error
luego me absuelvo o castigo.
Y así armonizo conmigo
alma, mente y corazón.
Nunca creas en el perdón
que el cura te ha de lograr.
Sólo te ha de perdonar
aquel que hayas ofendido,
los errores corregidos
y el amor que puedes dar.

La casa

Por María Silvina Ambrosini

Hoy he vuelto a recordar
Aquella casa.
La mesa encabezada por el abuelo
Con todos alrededor
El olorcito a jazmín de aquellas tardes,
Los gritos y carcajadas de los niños
Jugando a la ronda, tras la higuera,
Aquel álbum de fotografías viejas
La abuela haciendo los trajes para el carnaval.
Si se mira desde el corazón,
Parece que el tiempo
Nunca hubiese pasado.
La realidad es otra,
Hoy la casa de tejas rojas y muros blancos
Está cubierta por el abandono
Su techo es negro y
Sus paredes están llenas de musgos.
Ya nadie se sienta en aquella mesa
El tiempo borró el olor a jazmín.
Los gritos de los niños se enmudecen en el
olvido.
Ya no está más la abuela
Haciendo aquellos trajes para el carnaval.
La casa hoy pide a gritos
Que la vuelvan a habitar.

Mirarte

Por Candela Teso

Creo que al final todo se resume a ese instante en
el que te tengo en frente y podría jurar que estoy
soñando o que tengo una imaginación muy
grande, porque en ese instante, no se me ocurre
quién podría ser más hermoso que vos.

No es sólo una belleza física, va más allá, hay
galaxias en tus ojos, hay algo que me hace sentir
que nada conocía del mundo, antes de conocerte.
Y me siento tonta al no haber visto jamás a
alguien como vos, pero sos de esas personas que
no se hacen notar, las vas conociendo de a poco, y

cuento menos te lo esperás, se te metieron hasta en los huesos.

Entonces te miro, y no creo lo que veo, sos paz, inspiración, felicidad y ni siquiera te esforzás.

Podría admirarte esta vida y las que siguen, porque aunque no sé muchas cosas, puedo asegurar que te voy a cruzar en mil vidas más, y en todas vas a causar cosas en mí que no creía que existían.

Y quizás esa admiración y toda esa belleza que encuentro en vos sea porque sos todo lo contrario a mí. Sos tan lo opuesto, que me complementa.

Así que vení, quedate al lado mío, mientras escribo qué se siente mirarte.

Mirarte es algo así como dormir siesta en invierno un día lluvioso sin alarma, o un día de primavera acostada en el pasto con el sol suave.

Apuesto que mirarte hubiera inspirado a Cortázar y tal vez a Borges.

Mirarte es romper cadenas que aprietan fuerte y no dejan ser, es cruzar océanos en segundos y trasladarse a un lugar mejor.

Es creer que el mundo es un lugar hermoso, sin tanta maldad. Es flotar en una nube y que nada pese.

Mirarte es la esperanza de algo mejor.

Es conocer nuevos universos.

Es la certeza de que en tu sonrisa habita todo eso que se contaba en los cuentos que me leían antes de dormir.

Y todo vuelve a resumirse en ese instante donde te tengo en frente, no imagino nada más lindo, nada mejor. □



- Anteproyectos.
- Planos.
- Reformas.
- Construcción en general.
- Trabajos en la Costa Atlántica y Club de Campo Las Hojas (M.Paz)

San Martín 88 - Marcos Paz C.P. 1727 - Bs. As.
Te. (0220) 477-0380 Ce. (02227) 15-412734
estudio10diez@gmail.com

Intenso fulgor

Por Hugo Canal Bialy

Ilustrado por Fede Ávila Corsini

A Rocío Benítez

Susurro inaudible de colibrí
 Madurez camaleónica de pubertad sutil
 como las flores llaman al sol
 Tus letras invocan atención
 Incorrección y osadia
 naufraga en tu corazón
 con historias que rozan el salto a la emoción
 por textos que superan a tu niña
 Quimera transcolor, faro perplejo de inquietud
 Tus ojos inocentes despiertan invocación



mientras tus latidos suaves no comprenden
 a la mujer que dicta inserta en tu imaginación
 Dulce Rocío, mantra irreverente, conjunción libertaria,
 elegida por los patriarcas
 no sabes si tu mensaje es utopía o fascinación
 cabellos al viento, luz tenue te acaricia la piel
 sólo intentas contar, sin rótulos ni hechizos
 camina descalza, en arenas cultivadas
 por cantos de sirena, que te contemplan del otro lado del mar. □

 Periodista de cultura y espectáculos, cronista de Las Leonas. Participó con cuentos en las Antologías 1 y 2 del Taller Literario de la Biblioteca Popular Gral. San Martín. Fue seleccionado por sus escritos “Puedes” y “Nostalgias del pasado” por Editorial Tahiel en las Antología *Entrelazados* (2015) y *Detrás de las palabras* (2016). Lector de Stephen King; admirador de la obra literaria y estilo en prensa gráfica de Gabriel García Márquez.

La criatura del espejo

Por Jorge Giménez

A veces me pregunto qué hay detrás de los espejos, ¿otro mundo? o solamente la nada y su aturdidor vacío. Pero solo veo un rostro de una palidez cadavérica que me causa cierta repulsión, este ser que me mira fijamente no tiene nombre ni pasado y de sus ojos no brota vida alguna como si su espíritu fuera consumido por completo. Entro en su mente, cruzo rápidamente un túnel oscuro, siento un aroma de rosas blancas con espinas ensangrentadas y poco a poco una figura se dibuja ante mí, es una bella mujer toda de negro surgida de las entrañas de la noche, me atrajo con su andar felino y su misteriosa silueta.

Sería imposible afirmar si yo he sido su primera víctima o solo una más de centenares, pero el motivo específico por el cual me dejó

"Vosotros los que leéis aún estáis entre los vivos, pero yo, el que escribe, habré entrado hace mucho en la región de las sombras". Shadow - A Parable- Edgar Allan Poe

llevar por su hipnótica seducción fue una desesperante necesidad de poseer a alguien, ella era lo que buscaba y nos fuimos a un hotel. Allí ni siquiera nos hablamos, desnuda se enredó en mí cuerpo como una demoníaca serpiente, su fuerza no era normal y no esperaba sentir en mi cuello sus dientes penetrándome la piel y las arterias. Un grito de dolor surgió de mi boca, ella extasiada y como un animal rabioso me arrancó algo de carne con sus mandíbulas. Gota a gota vaciaba mis venas hasta perder el conocimiento.

Aún no sé por qué se me proyecta esta siniestra escena en el espejo, pero había algo diferente en él: la criatura yacía con el cuello destrozado y sangrante. Detrás, la oscura mujer adorando los pálidos labios de la luna y relamiéndose la sangre de un rostro.

Ahora que me veo en ese espejo cuesta aceptar que la criatura soy yo y que me han regalado un don: la inmortalidad y una eternidad de noches saciando mi sed, embriagándome de sangre pues ahora soy un vampiro más que se une a las legiones de la noche. □



Rocamadour Libros
Librería online

Textos escolares | Idiomas | Manuales
Novelas | Fantasía | Novedades | Usados

15%
descuento
para docentes
y escuelas
todo el año

Pedidos por mail a: alejandrotorres_lp@hotmail.com

WhatsApp: 11-2350-9958

Facebook e Instagram: Rocamadour Libros

IMAGEN

actual

Peluquería unisex

**Corte | Color | Alisados
Shock de keratina y más...**

Miércoles a viernes de 17 a 20.30 / Sábados de 10 a 12.30 y 17 a 20.30 hs.

Belgrano 2115 - Marcos Paz / Turnos y consultas: 11-5929 8059

Distribuidora
Pareta 

Ventas por mayor y menor en artículos
de mercería, lencería, lanas, telas,
accesorios para moda y fantasía



Sarmiento 2055 - Marcos Paz (Pcia. de Bs. As.)
(0220) 477-1083 / 6541
info@distribuidorapareta.com.ar
www.distribuidorapareta.com.ar



Maniquíes y muñecas inflables

Por Pablo Rodríguez Ortiz

Vivimos en sociedades de consumo, donde nuestras metas, deseos y personalidades se construyen a partir de las cosas materiales que tenemos, y nuestro amor por ellos puede llevar a que intentemos darles vida a objetos inanimados para interactuar e incluso hasta tener una relación.

Muchas películas a lo largo de la historia del cine le han dado vida a diferentes tipos de objetos, pero los muñecos son los más usados. Desde cuentos infantiles a películas de terror o hasta comedias absurdas como *Ted* lo han hecho. Y más precisamente la premisa de una muñeca cobrando vida dentro de lo que sería el género de Comedia Romántica lo podemos encontrar en dos películas que a pesar de compartir el mismo tópico nos dan historias completamente distintas y visiones casi opuestas sobre el mismo tema. En 1987 se estrenó *Mannequin* de Michael Gottlieb, conocida en Latinoamérica como “Me enamoré de un maniquí” y una opción predilecta de los canales

de aire para pasara los domingos a la tarde durante los noventa. El protagonista es Jonathan Switcher (Andrew McCarthy), un joven al que le va mal laboralmente hasta que empieza a trabajar en un shopping donde encuentra a un maniquí que él mismo confeccionó en un anterior trabajo, y en el cual reencarna una antigua mujer egipcia llamada Ema (Kim Cattrall). Ella lo ayuda a vestir las vidrieras del shopping y a partir de ahí cambia la suerte del muchacho: crecen las ventas del lugar y él obtiene mejores puestos, pero el dueño de una tienda rival donde trabaja su exnovia lo quiere contratar; al negarse le comienzan a generar problemas hasta que intentan robarle su maniquí.

A partir de esta historia podemos reconstruir una sociedad de la época y un tipo de cine que exageraba y convertía en estereotipos a todos sus personajes: un compañero gay, un guardia de seguridad torpe, un jefe despectivo y muchos hombres que actúan prácticamente como acosadores. Y sea o no deliberado, la mujer que nos muestran es solo un objeto de deseo y

Some guys have all the luck!



Póster original de la película de 1987.

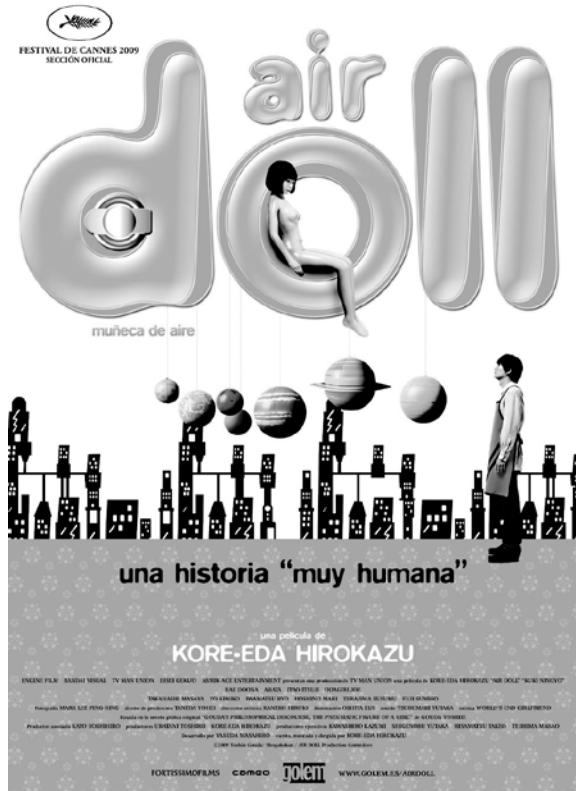


específicamente siendo el maniquí uno que debe lucirse ante el resto con finas ropas para mostrar su belleza, reforzando así la idea del consumo como fuente que provee la felicidad. Ema, antes de convertirse en maniquí expresa su interés en ser inventora, sin embargo, en la película no nos muestran esa faceta en ningún momento, ella siempre es el apoyo y la motivación para que el hombre mejore, sus propios intereses no se hacen visibles para el espectador. De cierta manera, ella huyó del tiempo en que vivía porque no era libre de hacer lo que quisiera y tenía que casarse con la persona que indicaban sus padres, pero una vez que finalmente logra ser humana lo único que nos muestran es que los protagonistas se casan en una vidriera del shopping. Ese es el típico final que nos mostraron por décadas completando el círculo del romance tradicional.

Para tener un punto de comparación nos vamos al 2009, año en el que se estrena *Air Doll*, una película japonesa del director Hirokazu Koreeda, con casi la misma premisa que la anterior pero esta vez se trata de una muñeca inflable. En este contexto volvemos a tener a una mujer presentada como un objeto y ahora directamente como uno sexual con la clara diferencia que acá podemos ver la visión de Nozomi (Donna Bae), la muñeca

“A partir de esta historia podemos reconstruir una sociedad de la época y un tipo de cine que exageraba y convertía en estereotipos a todos sus personajes”





La película está basada en la serie de manga
Kuuki Ningyo de Yoshiie Goda

que cobra vida por la magia de una gota de agua que cae sobre ella. Su dueño, Hideo, es un hombre solitario que piensa que las relaciones humanas son "molestas". Pero Hideo no se entera que la muñeca cobra vida y ella, mientras él trabaja, sale a pasear por la ciudad y la recorre intentando encontrarle un sentido a lo que significa estar vivo. En una de sus salidas toma un trabajo en una tienda de alquiler de videos y comienza a relacionarse con Junichi, uno de los empleados que le enseña todo lo que debe hacer. La ciudad que recorre Nozomi, donde interactúa de vez en cuando con algunos personajes, está llena de colores vivos y a la vez compuesta de mucha soledad, lo que alguna vez en

otro contexto fue una comedia romántica, en este mundo es una reflexión constante del sentimiento de soledad, a pesar de estar rodeados de gente, y de la búsqueda de la identidad humana. Aparece una diferencia con respecto a lo que decíamos al comienzo: acá el objeto material no necesita tener vida, lo importante es lo que le sucede al dueño de la muñeca al descubrir su existencia. Él quiere que vuelva a ser solamente una muñeca porque es lo que puede controlar, en cambio una relación con una mujer de verdad no la puede sostener. Nozomi se escapa y buscando un hogar llega a la fábrica donde fue creada, ahí descubre que las muñecas usadas que ya no sirven son tiradas a la basura. Luego se va a vivir con Junichi, la persona que la quiere como es. Y esperamos que acá termine con un final feliz, pero lo que nos da el director es todo lo contrario: el cliché de las películas románticas de Hollywood no se cumple. Pero no se los voy a contar porque esta es una recomendación para que lo descubran por su cuenta.

Amor, consumismo, soledad, cultura y muchos otros temas serán abarcados en esta sección denominada “Lecturas Visuales”, para que leamos las películas que vemos o para mirar en los libros que leemos. □





Sarmiento 1901 Esq. Bme. Mitre
Marcos Paz - Prov. de Buenos Aires
Tel: (0220) 477-5070

Lunes a viernes de 10:00 a 19:00hs
Sábados de 9:00 a 12:00hs

¿Qué necesitás para ser Socio?

Fotocopia del DNI
Completar planilla de inscripción
Admisión \$50 + cuota bimestral \$100

¿Qué servicios ofrecemos?

Préstamos de libros (solo para socios)
consulta en sala | fotocopiadoras
impresiones
(color, blanco y
negro) | computadoras
servicio de internet (wifi) | talleres

Cursos y talleres

Fotografía | Taller literario | Mandalas
para niños y mandalas para adultos
(gratuito) | Psicografía fractal (curso
de formación - 3 niveles)

A.C.U.D.A
PSICOLOGÍA SOCIAL
ACOMPAÑAMIENTO
TERAPÉUTICO
ESTIMULACIÓN TEMPRANA

Nuevo Rincón Infantil

Líbres Pensadores
Un espacio ambientado para los más
pequeños (pufs, fiacas, mesas y sillas)
Abierto al público



Biblioteca
Popular
Gral. San Martin



BIBLIOPOP.GSM@GMAIL.COM



BIBLIOPOP.GSM



"El Amazonas"

Por Alejandra Llanos

entre **TINTAS**

DISEÑO & COMUNICACIÓN

BAJADAS
IMPRESIONES
LASER
COLOR & B/N

VINILOS
decorativos

FRASCOS / PAREDES / VENTANAS / MUEBLES Y MUCHO MÁS

TAZAS, JARROS, MATES
ARTÍCULOS SUBLIMABLES - SUPER PERSONALIZADOS

ESTAMPADOS
SERIGRAFÍA - SUBLIMACIÓN - VINILO TERMOTRANSFERIBLE

FOLLETOS | TALONARIOS
BOLSAS | SOBRES | IMANES

GRAN FORMATO

LONA FRONT | MESH | VINILO IMPRESO | BANNERS
ESMERILADO | MICROPERFORADO | VEHICULAR

PLOTEOS CAD
{ 1 METRO DE ANCHO }

diseño de
VIDRIERAS
CARTELERÍA

MARQUESINAS - BICICLETEROS - CARTELES EXTERIO E INTERIOR
VARIADA EN MATERIALES - INCLUYE COLOCACIÓN

SAN MARTÍN 77 | MARCOS PAZ

www.entretintas.com.ar

entretintasdg@gmail.com

011 38898869

02227 467530

